

Deshielo

Juan Setien del Valle



Image not found.

Capítulo 1

Mientras el agua aún se escurría por su cara, Clara se miró al espejo abstraída, como poseída por un arrebató que la distanciaba de su cuerpo y la transportaba muy adentro, a las recónditas esquinas de su alma atormentada. Apenas podía mantener abiertos los ojos. Le costaba. Se enjugó entonces con una toalla las mejillas y esbozó una sonrisa, complacida y afectada por un pudor que no recordaba desde aquella adolescencia en la que ocultaba a sus padres algún vicio banal. Después se demoró unos segundos presionando la comisura de sus ojos con la toalla. Aquel instante se lo había ganado. Sabía que lo merecía. No se lo podía creer. Había desaparecido de su semblante aquella sensación de rigidez e inexpresividad como si un viento sanador y fiero arrasara con la hojarasca estéril. Del fondo de sus ojos se habían disipado esos eternos posos de pavor. Por fin aquél era el día. Salió del baño, bajó las escaleras precipitadamente y se encontró a Patricia, la menor de sus hijas, sentada en el sillón, con las piernas recogidas y abrazando un cojín. Su sensación exultante de entusiasmo contrastaba con la de su hija cuya postura recalca un sentimiento de fragilidad que se había apropiado cuando las cosas no se ajustaban a lo que ella esperaba, era como si se sintiera un pajarillo acorralado a punto de recibir un zarpazo mortal. Era como si se hubiera percatado por primera vez que se encontraba privada de libertad bajo aquellos muros que siempre la habían protegido. Sobre todo, la golpeaba una sensación de indefensión y la asaltaba y la atormentaba sin detenerse, asfixiándola.

- Ey - Le dijo su madre acercándose inquieta con cierta jovialidad y despreocupación, tratando de descargar el dramatismo que gravitaba. Se sentó junto a ella, acomodó las mejillas de su hija entre las palmas de sus manos y la obligó a concentrar sus ojos esquivos en su mirada.- Ey, pequeña. ¿Qué te pasa?

Patricia se desembarazó de la sujeción de su madre con un brusco movimiento del cuello y dirigió su mirada al suelo, impertérrita y como abducida. Un silencio se estancó, incómodo, pensado como mil lápidas.

- Cariño.- Insistió su madre. - Hoy es un día feliz. ¿No estás feliz? ¿No sientes que algo nuevo comienza? Tu hermana regresa a casa. Después de 13 años, tu hermana regresa a casa.

- Lo dices como si regresase de un viaje. Y no. No, mamá. No viene de haber viajado. Vuelve de la cárcel. Ha estado 13 años entre rejas. ¿Crees que es algo que celebrar? Se celebra un cumpleaños, se celebra un éxito. Ella viene de la cárcel. Es una descarriada. ¿Qué crees que vas encontrar en sus ojos? Rencor. Un salvaje rencor por haberla

privado de su libertad. Es una salvaje, mamá. Una salvaje.

- Da igual de dónde vuelva. Lo que realmente importa es que vuelve, es que va a estar aquí, entre nosotras, con nosotras. Eso es lo que importa.

- Mamá.- Le chilló Patricia sin poder contenerse.- Mató a papá. Ella... - le temblaba la voz.- Mató a papá. Le golpeó el cráneo con un martillo. Le taladró el cráneo. ¿No lo entiendes? ¿No lo entiendes, mamá? Ella le mató. ¿Cómo voy a poder dormir tranquila? ¿Cómo saber si otro de esos arrebatos de cólera no la desbocan repentina e inexplicablemente y va a por mí? Seguro que allí le han enseñado a defenderse, a atacar mejor, a ser más letal. Mamá, somos vulnerables. ¿No entiendes que me ha privado de todo?

- ¿De qué?.- Su madre no quería aparentar enfurecimiento alguno, sólo comprensión, pero un hilillo de una cólera enojada que nacía en su interior hacía más áspero su tono de voz. - Dime. Vamos. ¿De qué te ha privado?

- De todo. De una vida normal. De una vida en la que no hablasen de mí a mis espaldas. ¿Sabes cómo es sentarte en el colegio a comer y saber que todos cuchichean sobre ti, que eres el hazmerreír de todos? La pirada. Me llamaban la pirada. Gracias a ella, a mi hermana, no he tenido una vida normal. No he podido tener una vida normal. Los chicos...- Se mordió el labio superior.- Me avergüenza decirlo. Los chicos no quieren quedarse conmigo a solas. Da igual cuánto tiempo pierda en arreglarme. Da igual cuánto trabaje mi cuerpo, mis extenuantes carreras de madrugada, mis sesiones de entrenamiento... siempre hay algo que va delante de mí. Siempre hay algo con lo que me choco, una y otra y otra vez. Un muro... se lo debo a ella. Se lo debo a mi hermana.

- Ella no se merece lo que dices.

- Acaso me merezco yo lo que me ha hecho pasar. Oh, vamos, mamá. Deja de defenderla. Siempre hablas de sus sacrificios. ¿Qué sacrificios ha hecho? Es un animal. Un animal que no sabe ni siquiera controlar sus instintos. Quiso matar a papá. Cogió un martillo y ... ¡No puedo ni tan siquiera mantener esta conversación! Ni siquiera sé cómo tú puedes defenderla. Oh, sí, claro. Porque es tu hija. Pero recuerda que yo también soy tu hija.

- Eres tan injusta. Si supieras...

- ¿Qué?. Venga, dilo. Siempre estás deseando decirlo. Si supieras. ¡Cómo odio que lo hagas! ¿Qué es lo que debería saber? Estoy harta de que te sientas orgullosa de una criminal. Sí, escúchame. Es una homicida. Mató a papá. Me privó de papá. Yo no pude compartir casi nada con él.

Quitó una vida, mamá. ¿Qué está bien de eso? ¿Qué? Nos ha maldecido a todos. Nunca podremos tener una vida.

- O nos ha salvado. Nunca sabrás la verdadera historia.

- No importa cuál sea la verdad. Siempre hay que justificar los actos terribles. Simplemente mató a papá. ¿Qué es lo que no puedes entender de todo eso?

- No quiero que hoy cuando salga de la cárcel y estemos esperándola en la puerta, no quiero que vea tu cara y esa mirada inquisitorial con la que parece que la juzgues.

- Yo no voy a estar en la puerta esperándola. No. Ves tu sola. No se merece que esté allí. Sí, mamá. Busca cómo justificarme. O si quieres, mira, no me justifiques. Prefiero que sienta que no estoy. Porque no estoy para ella. Me da asco.

Clara se levantó y la abofeteó. Fue un movimiento rápido, irreflexivo, casi cavernario, como si naciera de lo más profundo de su dolor.

- No entiendes nada. Prometí no contártelo nunca. Prometí no decir nada. Se lo prometí a ella. Pero no puedo seguir escuchando sandeces. ¿Mató a tu padre? Sí. Siempre vivirá con la culpa de haber matado a alguien. Pero ella, querida, ella sacrificó su vida para que tú tuvieras una vida. Apenas tenías 13 años. Siempre fuiste una niña preciosa. Creciste muy rápido. Hubieras pasado perfectamente por una chica de 25 años. Te gustaba además presumir. Te gustaba que te mirasen. No. No. No es malo. Yo estaba muy orgullosa de ti. Sabía que estabas destinada a destrozar corazones. Tus largas piernas, esbeltas, tus pechos. Todos los chicos de tu edad te rondaban. Pero tu padre. Él confundió el cariño. Se dejó arrastrar por una fuerza animal. Primero fui yo quien le descubrí entrando a hurtadillas por la noche en tu cuarto. Te desnudaba mientras dormías y te cubría de caricias. Pensé que era algo extraño, pero no le di más valor. Hasta que empezó a propasarse. ¿No te acuerdas? Ya no te acuerdas. La mente tiende a borrar lo malo. Es un mecanismo de defensa. Te congelabas. Recuerdo que te quedas petrificada. Seguro que te escondías en algún rincón de tu ser y abandonabas tu cuerpo mientras él... una noche tu hermana lo descubrió. No tuvo que pensarlo. No fue como yo. No necesitó pensarlo ni justificarlo. Cogió un martillo y le golpeó en la cabeza. Te salvó. Ella te salvó. Tú le debes la vida. Una vida que ella no ha podido tener, de la que se le ha privado. Y nunca, nunca se ha reprochado lo que hizo. Lo hizo por ti. Te regaló su vida.

Y entonces Patricia se dejó caer al suelo, arrastrando su espalda contra la pared, con una mano sobre la mejilla que su madre le había abofeteado, abrasada y castigada por el fuego demoledor de la revelación. Cerró los

ojos, tragó saliva, se puso en pie, recogió su abrigo del perchero y se dirigió a la puerta de entrada para esperar en silencio a su madre y salir juntas a reencontrarse con su hermana injustamente perdida.